

## **Capítulo sobre la Regla de San Benito - CFM - Roma 10.09.2011**

En el último Capítulo, llegamos al tema de la responsabilidad en los encuentros de alegría de unos para con otros. Por lo tanto, hemos llegado al tema de la fraternidad, del amor mutuo y profundo que estamos llamados a vivir en nuestras comunidades.

Si vamos directamente al penúltimo capítulo de la Regla, el 72, el del buen celo que deben tener los monjes, un capítulo que sintetiza el fin y el camino que San Benito nos propone, lo que conmueve es el hecho de que sobre los ocho puntos que para san Benito constituyen el buen celo, sobre estas ocho “Bienaventuranzas” benedictinas, cinco atañen directamente al tema de la fraternidad.

Vale la pena releerlas. Los hermanos:

- Se anticipen unos a otros en las señales de honor
- Soporten con gran paciencia sus debilidades, físicas y morales
- Se emulen en obedecerse unos a otros
- Ninguno busque su propio interés, sino el de los demás
- Se entreguen desinteresadamente al amor fraterno

Las últimas tres características del buen celo no atañen directamente a la fraternidad, pero son un poco la fuente, el alma, o la garantía:

- Teman a Dios con amor
- Amen a su abad con afecto sincero y humilde
- No prefieran nada absolutamente a Cristo

Y la nota final, el deseo o la oración final del capítulo 72, retoma y consagra para siempre el tema de la comunión fraterna: “Él, (Cristo), nos guie a todos juntos hasta la vida eterna” (72,12).

Este acento sobre la fraternidad como virtud monástica principal, debemos ante todo reconocerlo, tomar conciencia del mismo y aceptarlo por la autoridad de san Benito. Es como si, al final de la Regla, Benito nos dijese: si no habéis entendido que mi Regla y, por lo tanto, la vida monástica, os pide un trabajo y una ascesis esencialmente sobre el amor fraterno, no habéis entendido nada de vuestra vocación y os habéis fatigado en vano. No habéis entendido la Regla, porque no habéis entendido el Evangelio, no habéis entendido a Cristo, y que la Regla no quiere proponer otra vocación y vida que la vocación y vida cristianas.

San Benito nos transmite, por lo tanto, el anuncio cristiano de que la salvación, el alcanzar la vida eterna en Cristo, no se puede separar del amor fraterno. Es la sustancia de la concepción cristiana de la vida, transmitida por los apóstoles en los Evangelios y en las cartas apostólicas. Es el gran anuncio de san Juan: “Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos” (1Jn 3,14). No hay salvación, no hay vida, no hay plenitud de vida, sin esto; y san Benito quiere, sobre todo, evitarnos el creer poder ser monjes y monjas sin poner el acento sobre el amor fraterno. No buscamos y, sobre todo, no encontramos a Dios si no lo buscamos en el camino de la comunión fraterna: “Quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve” (1Jn 4,20).

Es impresionante notar que, en el capítulo 72, san Benito no pone entre las características esenciales del buen celo de los monjes ninguna virtud o práctica que nosotros consideramos típicamente monásticas: el silencio, el recogimiento, la *lectio divina*, el Oficio divino, el ayuno, la penitencia, etc. Sin embargo, ha hablado de todo esto a lo largo de la Regla, pero al final es como si todo no hubiese tenido otro fin que el de conducirnos al amor fraterno y será solo de esto de lo que seremos juzgados, juzgados en cuanto a la verdad y autenticidad de nuestra vocación.

Pero esta insistencia sobre el amor fraterno, sobre el amor horizontal, no debe hacernos perder de vista que san Benito, como san Juan y todo el Nuevo Testamento, lo presenta como el modo concreto, real, de vivir el amor de Dios, de vivir el amor vertical, como subraya el inicio del capítulo 72: "Así como existen un celo malo y amargo que aleja de Dios y conduce al infierno, así también hay un celo bueno que aleja de los vicios y conduce a Dios y a la vida eterna" (72,1-2).

El núcleo de la cuestión es que Dios se ha hecho hombre, y se ha identificado con el ser humano que nos está más próximo, que tiene necesidad de nosotros, cuyo límite, cuya pequeñez y fragilidad, se convierten en una petición que se nos hace personalmente. "Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis" (Mt 25,40).

La pequeñez de estos hermanos de Jesús y nuestros es, sobre todo, su necesidad: la pequeñez de estos hermanos es su hambre, su sed, su desorientación de extranjeros, su desnudez, su enfermedad, su falta de libertad. Todo esto es necesidad, mendicidad, necesidad de ser ayudados, llevados. Todo esto les hace más "pequeños" que quien puede ayudarles, que quien puede asistirles.

El Dios encarnado, incluso habiendo pasado la vida haciendo el bien, socorriendo y salvando a todos los pobres y necesitados, haciendo milagros, dando limosnas, ha tomado el puesto y la condición del pequeño que tiene necesidad, en Belén, durante toda su vida, como cuando mendiga un poco de agua a la Samaritana, pero, sobre todo, en la Cruz. En la Cruz, Cristo ha asumido toda la necesidad humana y se ha hecho el más pequeño de todos: hambriento, sediento, excluido, desnudo, enfermo, privado de la libertad...

Por esto, la búsqueda de Dios, la relación con Dios, el amor de Dios, no puede estar jamás dissociado de la relación de fraternidad en la que asumimos los unos la pequeñez de los otros. Toda la Regla nos acompaña y educa en esta atención, en este amor. Pero bastaría el capítulo 72 para recordarnos que nuestra salvación, nuestra relación con el Salvador que nos da la vida eterna, pasa a través de nuestra respuesta al hermano que tiene necesidad de honor y de estima, de paciencia para con sus debilidades físicas y morales, de ser escuchado hasta la obediencia, de atención a su interés y deseo y, en general, de un amor fraterno casto, es decir, no posesivo, gratuito, sincero.

San Benito cita en varios momentos en la Regla una u otra palabra de la parábola escatológica del capítulo 25 de Mateo, pero al final de la Regla es como si toda la parábola fuese vuelta a proponer como juicio final. Mateo 25,31-46 es, en efecto, una representación del Juicio universal y final que Cristo hará al final de los tiempos. Lo mismo aparece en el capítulo 72 de la Regla que nos recuerda que Jesús nos "conduce a todos juntos a la vida eterna" si aprovechamos nuestro estar juntos en el camino de la vida para reconocer y preferirle a Él en la relación entre nosotros, amándonos como Él nos ama. El hecho de que la necesidad de mis hermanos me interpele ya en el presente de mi vida, hace como si este "Juicio final" ocurriese cada día, en cada instante, en cada encuentro. Pero entonces la vida eterna comienza ya en la caridad que podemos intercambiarnos en el amor de Cristo. Es la caridad, la mística que nos une verdaderamente a Dios, por esto, san Benito no puede concebir la vida monástica fuera de la caridad.

*P. Mauro-Giuseppe Lepori  
Abad General OCist.*